

Ensimismado

No he abierto los ojos aún, y ya tomé conciencia del frío que invade la espaciosa y un tanto monótona habitación. Entre colchón y plumón, me atrincheró cual animal avisado, que desea a toda costa mantener estable su temperatura corporal. Varios días consecutivos, levantándome de manera tan puntual y espeluznante a las 9:20, prescindiendo de cualquier alarma para ello.

Bajar por las escaleras, preparar una jarra de café y el desayuno frutado. Todo esto sin siquiera pensarlo. Me pregunto si es miércoles o jueves, de todas formas, no me interesa demasiado. El raudo paso del tiempo, contradiciendo a la lentitud con que avanza el presente, es un hecho que yace independiente de la fecha. El sol, por el levante, se eleva tras el Piltri; un minuto más tarde que ayer, dos minutos con antier. Un humilde espectáculo produce la refracción de la luz sobre gotas de rocío.

¿Y ahora? Me pregunto mientras termino este tabaco que me produce superflua anestesia ante inmensa angustia. Debería de seguir con lo que me ha traído a la comarca; el problema yace en mandarme a mí mismo, y aún así, estar lejos de obedecerme también a mí mismo. Es la edad de la rebeldía como sello distintivo.

En estos momentos, con qué facilidad le invade a uno la nostalgia, el deseo, la melancolía y la impotencia. Normalidad le llaman al pasado. Las cosas que uno naturalizó tanto, y cuando desaparecen por unas semanas, le hacen perder a uno la cordura. ¿Quién me hubiese dicho, de que el contacto humano fuese algo tan importante? ¿Quién me hubiese dicho que era como cable a tierra? Inefable me resulta describir semejante sensación de lejanía, no hay palabra que esté a la altura. De todos modos, no me queda de otra que retornar lo suficiente a la realidad, despegar mi trasero del suelo, y volver a erguirme; si yo no hago los menesteres, nadie los hará.

Con mi actitud compulsiva, atiendo a preparar la segunda jarra de café. Mi parte racional me dice que el obrar de esta manera no es correcto, pero mi lado emocional le contradice sin pruebas ni dudas, objetando que levantará mis

ánimos. ¿Qué más da? Ahora, en ausencia de alguien externo a mí que juzgue mis actos, puedo tropezar bajo mi propio peso con tranquilidad. Cortado con un chorro de leche, la bebida suaviza levemente su amargor, al igual que la tarde soleada. Bebo un sorbo de la cuarta taza del día, mientras contemplo lo que llega a verse de la comarca desde el verde jardín; algo afortunado me considero, en la posibilidad de observar la unicidad del paisaje.

El cálido brillante astro cae por el poniente; celeste, turquesa, tenue naranja, rosa pálido y azul transitan por el firmamento, para dar paso a la noche. El frío reaparece trepidante, mientras me apuro a encender la única estufa. Una casa que está en orden, demasiado tranquila, en silencio envolvente. Vuelvo al pensamiento; lo que he hecho con el día me hace sentir estanco. Me muevo, y asimismo me mantengo en las mismas coordenadas; en la misma cinta que obliga a correr, pero no lleva a ningún lugar. ¿De qué sirve frustrarse cuando uno corre?

Miro alrededor, aparente irrealidad por doquier. Es lo mismo, pero ya no es. A esta altura, solo la duda de mi consciencia puede afirmar su existir. Toda cosa tangible inmiscuye a otro lugar algo de sí. Menuda torpeza de los sentidos; ¿De dónde vienen estas sensaciones, estos colores, sonidos, olores y sabores? Ya ofende lo que se me quiere presentar como real. Aun así, nadie en su sano juicio confinaría tan escueta percepción. Difamando las luces y las sombras; el calor de la estufa, y el frío en la intemperie por igual. Risueño me siento en estas carnes que me sostienen e intentan reafirmar vanamente lo que considera real; ¿cómo no reírme de ti, primate ofusco?, reaccionas como si fueses a caer en fauces del tigre que nunca termina de llegar; suspiras constantemente en el intento de escapar. ¿Adónde? Ya eres tan ilusorio como tu propia ilusión; remanente de tiempos sosegados, en que andabas libre por bosques y cimas. Insistes ahora, que ellos son tu salvación. Pero ¡ay! No sé si reírme o compadecerme. Es el mundo en su integridad, el que juega al mismo juego de querer perpetrar su rumbo, lejos de cualquier alcance. No solo la tierra; el cosmos con sus estrellas, nebulosas, quásares, con todos sus misterios y otros planetas, se pierden en sus ínfimos y lejanos matices. Un espacio lo es menos a medida que difuso se torna, desvaneciéndose. Déjame pensar, que el pensamiento y el tiempo es lo único prevaleciente, luego tan gran ficción. Arroyo de ideas y pensamientos; rodeado y

cubierto bajo auras de profundidad subconsciente; eres inexorable, inamovible y asimismo en permanente mutación. ¿Cuándo aprenderán todos ellos de ti, a no huir? Quedamos solos: consciencia y tiempo. Inaccesibles al cuerpo y mundo material, sin revelarse hacia los sentidos. Niegan escapar ustedes, ya que su naturaleza es la constante huída a la apariencia. Y en este instante que no aparenta, su serenidad acérrima sustituye lo ausente en su totalidad. No hay aquí, ni allá. Ni arriba, abajo, izquierda o derecha, solo el ahora. Sumergiéndonos en las más profundas y turbulentas aguas, dentro de sus propios términos. Abrumadora oscuridad, carente de referencias; obnubila y anestesia a esta consciencia, que, sin darse cuenta, se disuelve como cristal de sales en el solvente polar del tiempo, lo único de verdadera existencia. Así, despojado de toda angustia, nostalgia, deseo, melancolía, impotencia, frustración, regocijo e ilusión, lo ensimismado queda a completa merced de la singularidad del presente.

No he abierto los ojos aún, y ya tomé conciencia del frío que invade la espaciosa habitación. Entre colchón y plumón, me atrincheró mientras doy por hecho que, dentro de breves instantes, serán las 9:20.

Lucas Frantzem Boos

Estudiante de Lic. en Agroecología

Sede Andina UNRN

Octubre 2020